

# Ecumenismo

Julio Roque de Escobar, S.J.\*

## HACIA LA UNION DE LAS IGLESIAS: UN GESTO PROFETICO DE PABLO VI

*Al Santo Padre en testimonio de respeto, afecto y admiración: durante trece años de pontificado, él ha despertado en mí el conocimiento del ministerio de Pedro. Al P. Henri de Lubac, S.J. a quien me honro en considerar mi maestro en teología, como tardío homenaje por sus ochenta años.*

"Le Figaro" de París, 15 de diciembre de 1975, página 8, bajo la rúbrica general "religión" y en el lugar menos importante de una página ya de por sí secundaria, publicaba una noticia así encabezada: "Pablo VI se arrodilla ante el representante de Constantinopla". Toda la información acupaba apenas 66 líneas a columna doble.

El redactor del despacho captó lo esencial del gesto y lo hondo de su significación, así como su importancia en el proceso de acercamiento entre Roma y las Iglesias ortodoxas. Pero resulta claro que muy pocos en el mundo han expresado por escrito, deletreándolo de algún modo a cristianos y no cristianos, el real alcance de este gesto y la gran esperanza que ha hecho nacer.

El P. Henri de Lubac (cfr *Christus*, París, enero 1964, 97-102) supo interpretar en un artículo suyo, intitulado "Pablo VI peregrino en Jerusalén" el viaje realizado por el Papa en enero de 1964. Aquí quiero seguir simplemente este ejemplo.

La brevísima información de "Le Figaro", ampliada el día siguiente por el diario católico "La Croix", me ha causado un impacto espiritual muy profundo y no dudo de que se trata de un real gesto profético de ese gigante espiritual que Jesucristo ha querido darnos en estos momentos difíciles y cruciales como sucesor de Pedro. A lo largo de trece años de su crucificado ministerio, los católicos postconciliares hemos hecho, de un coloso humano y cristiano, el Papa más calumniado e incomprendido en muchos siglos.

\* Doctor en Teología; Profesor y Operario; Residencia San Ignacio, Santo Domingo, República Dominicana.

De la peregrinación de Pablo VI, el P. de Lubac escribía, ya antes de su realización, a base de lo oído personalmente el 5 de Diciembre de 1963 en San Pedro: "A medida que hablaba, la emoción del Santo Padre se comunicaba visiblemente a todos.

Comprendieron todos al instante el alcance de este momento? En cualquier hipótesis, todos fueron arrebatados y en los aplausos que dieron, uno sentía que todos, aun cuando no fuera capaces todavía de analizar sus sentimientos, todos tenían conciencia de que algo grande acababa de tener lugar. Una gran esperanza había nacido."

Enumera luego el P. de Lubac las hipótesis sobre las consecuencias posibles en todos los campos imaginables. Pero él discierne algo más radical y profundo. El ve que "el gesto anunciado en el segundo discurso (el de clausura de la segunda sesión conciliar) —gesto de fe— da todo su peso a las palabras pronunciadas en el primero (discurso de apertura de la misma sesión, primera que presidía Pablo VI como Papa). Y, por otra parte, las palabras pronunciadas en el primero, dan todo su sentido al gesto anunciado en el segundo".

Qué había dicho Pablo VI en su primer discurso como Papa, al inaugurar la segunda sesión del Concilio? En substancia, una sola cosa: que la Iglesia era y sólo quería ser la Iglesia de Jesucristo. Un largo párrafo del discurso había sido dedicado a celebrar a Jesucristo "nuestro principio, nuestro camino, nuestra esperanza y nuestro fin": Pablo VI conjuraba al Concilio a conservar constantemente presente el lazo que une "la Iglesia santa y viviente que somos" con "Cristo, de quien venimos, por quien vivimos, hacia quien vamos". Que sobre esa Asamblea, pedía él, "no brille otra luz que Cristo, luz del mundo; que ninguna otra verdad retenga

nuestro interés, fuera de las palabras del Señor, nuestro único Maestro". Y luego el Papa recordaba el gran mosaico del ábside de la basílica de San Pablo extra-muros, "el Pantocrátor de vuestras basílicas, oh hermanos de las Iglesias de Oriente" en el que aparece representado su antecesor, honorio III, diminuto y como aplastado por la majestad de Cristo, en actitud de humilde adorador del Señor de la Iglesia. Es decir, la imagen de una Iglesia, simbólicamente expresada por el Papa, referida totalmente a Jesucristo. Y esto, plasmado en mosaico, Pablo VI se proponía reproducirlo en vivo, mediante su peregrinación a Tierra Santa. Y el P. de Lubac verá en este gesto la expresión más elocuente del más profundo movimiento que sacudió al Concilio (y que deberá sacudir, convirtiéndola, a toda la Iglesia): un movimiento de "reconstrucción cristológica", incomparablemente más importante que el nada despreciable movimiento de "descentralización", que también ha sacudido al Concilio y está sacudiendo a la Iglesia. Movimiento de importancia radical frente a los hermanos separados que, no sin fundamento, al menos aparente, reprochan a la Iglesia católica el haber oscurecido a Cristo como consecuencia de una autoglorificación y hasta la pretensión blasfema de sustituirse a El. Y dice el P. de Lubac que, al menos aparentemente, hay fundamento para ciertas formas de este reproche (nunca en su extremo sacrílego), ya que se han aceptado usos y expresiones que, legítimas en sí, pueden ser interpretadas de manera falsa. Las palabras y el gesto simbólico de Pablo VI han disipado todo equívoco y han situado a la Iglesia, sin sombra de duda, en una relación de subordinación radical a Cristo. En palabras del P. Gustave Martelet, SJ, el solemne autotestimonio dado por la Iglesia en el Concilio, es una autoreferencia integral a Cristo. (Curso sobre "Le sacerdote et le Royaume", dado en el "Centre-Sèvres", París, 1975-1976).

Y qué aconteció el domingo 14 de diciembre de 1976 en la Capilla Sixtina, con ocasión de la celebración del décimo aniversario de la anulación de las excomuniones recíprocas realizada por Pablo VI y el patriarca Atenágoras, en Roma y Constantinopla simultáneamente? Tal vez algunos de los lectores no hayan leído ni oído siquiera hablar de este acontecimiento que, a escala mundial, ha pasado tan desapercibido como esos grandes hechos que constituyen la historia particular de la salvación y en los que la fe aclama las "mirabilia Dei".

A la misma hora, Pablo VI en Roma y Dimitrios I (digno sucesor de Atenágoras) en Constantinopla, celebraron este aniversario. El patriarca había enviado a Roma una delegación presidida por uno de los más activos y prominentes promotores de la causa de la unidad visible de los cristianos, el metropolitano Melitón de Calcedonia. Este entrega al Papa, durante solemne ceremonia la carta que Dimitrios I envía al "muy santo Padre de la amada Roma" a aquel "que es el *primero por el rango* (subrayado mío) y por el honor de todo el Cuerpo del Señor", convencido como está, al hablar así, "de expresar el pensamiento de la primitiva Iglesia".

Pablo VI escucha impávido. De pronto se pone de pie, se dirige al representante del patriarca y, arrodillándose ante él, le besa los pies. El metropolitano, lívido, trata de levantar al Papa o, al menos, de arrodillarse con él. El Papa se lo impide. Veinte minutos después, tiembla aún el metropolitano de emoción: "Sólo un santo podía hacer este gesto".

La explicación? Pablo VI va a darla. Acaba de ser informado de la creación de una comisión panortodoxa para establecer el diálogo con Roma. Y el Papa por su parte, constituye su propia comisión con el mismo fin. Es ya el fruto que ha madurado durante los últimos diez años. El

camino hacia la comunión total entre Roma y las Iglesias Orientales de tradición bizantina (las más numerosas, con mucho) ya lleva tanto andado que hasta puede uno aventurarse a entrever el término. Y el Papa, en su respuesta, expresa su alegría. Y precisamente en el momento en que esas Iglesias le brindan el honor que le corresponde, por voluntad de Cristo, pone el gesto evangélico, el gesto que el Señor y Maestro puso en la última Cena cuando lavó los pies a los discípulos y les dijo: "Comprenden lo que he hecho con Uds.? Me llaman Maestro y Señor y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y Maestro, les he lavado los pies, también Uds. deben lavarse los pies unos a otros" (Jn. 13). "Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos y los que ejercen la autoridad sobre los hombres se hacen llamar Benefactores. Pero, entre Uds., no sea así. Que el mayor entre Uds. sea como el menor y que el que manda, como el que sirve" (Lc. 22).

Durante siglos los Papas se han llamado "siervos de los siervos de Dios". Pero el ejercicio concreto y la manifestación de la autoridad evangélica, ha estado, por desgracia, lejos, muy lejos a veces, de corresponder a esas palabras. Vino a ser una fórmula vacía, sin más valor que el título de "León de Judá" que habían usurpado para sí los emperadores de Abisimia, el último de los cuales hemos visto morir. Y, precisamente por el modo de ejercicio, más que por sí mismo, el primado romano ha sido y sigue siendo, el primer obstáculo para la unión de los cristianos.

Pablo VI ha hecho realidad la fórmula protocolaria de múltiples maneras. Pero nunca de forma tan sencilla y elocuente como cuando se pone a los pies de quien lo reconoce como el primero en rango y en honor en la Iglesia. Y explica el sentido que tiene para él —del que no podrán apartarse sus sucesores— esa autoridad: un servicio de la unidad y de la comunión entre las Iglesias.

Un gesto que tiene lugar en un rincón del Vaticano y que pasa desapercibido para la mayoría aun de los buenos cristianos católicos. Como el "fiat" de aquella campesina de Galilea, dado un día, indeterminable para nosotros, en Nazaret. O como la muerte en cruz de un judío más, en las afueras de Jerusalén, durante la fiesta de la Pascua hacia el año 30 y que es mencionada, junto con multitud de otros acontecimientos y como de pasada, por sólo dos de los historiadores romanos y uno judío de la época. Pero el gesto del Papa es una semilla sembrada, tanto en la Iglesia católica como en las Iglesias Ortodoxas (que saben leer incomparablemente mejor que nosotros este tipo de lenguaje). Un gesto que lleva todas las señales de una de las "mirabilia Dei".

Quién será tan atrevido que ose aun imaginar las consecuencias históricas del mismo?

Y nosotros, al enterarnos o comprenderlo, tendremos suficiente fe como para caer de rodillas o alzar las manos y, con lágrimas en los ojos, lágrimas de alegría, entonar el cántico del María por haber recibido semejante regalo?

"*La Croix*" el 18 de diciembre (en un rinconcito y en letra menuda que se reser-

va a las . . . menudencias) reproducía así la reacción de patriarca Dimitrios I al tener conocimiento de este hecho:

"No es posible que hombre alguno, cristiano o no, y sobre todo Nos, en cuanto patriarca ecuménico, no aprecie profundamente el gesto espontáneo, sin precedentes en la historia de la Iglesia, de su Santidad el Papa Pablo VI, quien durante la celebración eucarística, se ha prosternado para besar los pies de nuestro representante, el metropolitano Melitón de Calcedonia, conciente de que en ese momento, el metropolitano representaba a toda la ortodoxia.

"Este gran gesto de Su Santidad, Nos lo vemos como una continuación de la tradición de los Padres, obispos de la Iglesia no dividida, que lograron la grandeza por medio de la humildad.

"Mediante este acto, nuestro venerado y bienamado Hermano, el Papa de Roma, Pablo VI, ha sobrepasado al Papa y ha demostrado a la Iglesia y al mundo entero lo que es y lo que puede ser el obispo cristiano y, sobre todo, el primer obispo de la cristiandad, el obispo de Roma, a saber, una potencia de reconciliación y de unificación de la Iglesia y del mundo".